



LA DESAPARICIÓN DE
AMANDA WOLFWINTER

Alejandro Zafra

LA DESAPARICIÓN DE
AMANDA WOLFWINTER



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Zafra

ISBN: 978-84-17961-26-8

ISBN digital: 978-84-17961-27-5

Depósito legal: M-23484-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A India

Pido el silencio.
Mi historia es larga y triste como la cabellera de Ofelia
ALEJANDRA PIZARNIK

Prólogo

Llovía.
Era de noche.
Y el tren avanzaba
a través de la bruma
como unos dedos enamorados.

I

Las amantes del tren

«Hijito, hijito. ¿Os encontráis bien?».

Jak Edëyle despertó de su duermevela. El traqueteo del tren lo había sumido en una paz extraña. Hasta le pareció descansar en el pecho de Julia.

Dos ancianas, en el asiento de enfrente, lo observaban con suma curiosidad. Una tenía un sombrero desmesuradamente grande adornado con plumas blancas y rojas. La otra, demasiada sombra de ojos.

—Joven —lo llamó una de ellas—, ¿estáis bien? Lucís muy pálido.

—Parecéis un espectro —sugirió la otra.

—O un cadáver.

Jak se reclinó en su asiento. Le dolía la cabeza.

—Estoy bien. Gracias.

Fue a dar otro trago cuando reparó en que su copa estaba vacía.

—Oh, no te preocupes —dijo la del sombrero—. Yo la rellenaré.

Cogió la copa con una mano enguantada y fue a escupir dentro. La saliva asomaba en sus labios arrugados. Jak hizo ademán de detenerla cuando ambas comenzaron a reír.

—Es una broma, hijito. No estamos locas.

Jak se quedó mirándolas.

—¿A qué se dedica tan apuesto joven? Si podemos saberlo, claro.

—Soy investigador privado.

—Un detective... ¿Es por lo de la trapecionista?

Amanda Wolfwinter.

—¿Sabéis de la desaparición?

—Es lo que más se comenta en Ciudad Victoriana. Dicen que se ha evaporado como por arte de magia.

—Solo que nadie se evapora por arte de magia.

—Seguro que es un bulo del circo para atraer a la gente. Las personas pueden llegar a ser muy morbosas.

—¿Creen que puede ser una estratagema?

—¿Quién sabe?

No había denuncia. Ni investigación en curso por parte de las autoridades. O eso tenía entendido.

—Seguro que se ha marchado sin más —comentó la del sombrero—. Esa gente suele hacerlo.

—Nómadas —aseveró la otra.

—Culos de mal asiento.

—¿Culo?

—Culo.

Risitas.

Jak necesitaba desesperadamente otra copa. Los temblores estaban volviendo. La anciana de la sombra de ojos pareció percatarse y le ofreció la suya.

—No sé qué lleva, pero está muy fuerte.

Titubeó durante un instante. Las dos lo miraban con ojos siniestros.

—No soy una bruja, jovencito. Adelante, bebe.

Disimuladamente, olfateó el líquido verde. Olía fuerte. Temblaba como un perro viejo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Morir?

—Muchas gracias —dijo tras vaciar la copa de un trago.

El dulce licor le hirió salvaje en la garganta. Escondió sus manos temblorosas en los bolsillos de su gabán. Empezaba a encontrarse mejor.

—No hay de qué —respondió la anciana—. El alcohol tan fuerte hace que se me revuelva el estómago. ¿Puedo preguntar, cambiando drásticamente de tema, por qué tu pelo es gris siendo tan joven?

—Es rubio ceniza. Supongo que lo heredé de mi mamá.

—Me gusta que sea gris.

La del sombrero soltó un gemido.

—Qué bella es la noche desde el tren —susurró ensimismada—. ¿Cuál es su nombre, caballero?

—Mi nombre es Jak Edëyle. Y no tengo nada de caballero —añadió esbozando una sonrisa triste.

—Yo soy *lady* Vanessa van Orslyck y ella es mi amiga y amante *lady* Idylia von Bäusfacht.

—¿Amante?

—Oh sí, mire.

Las dos ancianas comenzaron a besarse sin pudor alguno. Jak, con la misma falta de vergüenza, se quedó observándolas mientras encendía uno de sus cigarrillos. La escena parecía una pintura de Toulouse-Lautrec.

Las dos se tocaban con lujuria, se mordían los labios y sollozaban con pasión. Jak, en cambio, se preguntaba qué habría pasado con Amanda Wolfwinter. Y por qué confiarían en él para resolver el caso. Era tan mal detective que deberían pagarle para que no investigara. Rompía todo lo que tocaba.

Recordó una vez en la que llegó tan borracho a la escena de un crimen que se puso a hablar con las víctimas que yacían sin vida y frías como el hielo en un sótano lúgubre e infestado de ratas. En otra ocasión, había eliminado, sin saber cómo, la prueba más importante de un caso.

El cristal comenzó a empañarse. Se arrebujó en su gabán y trató de no escuchar los sollozos de las dos amantes. Habían comenzado a desnudarse. *Lady* von Bäusfacht chupaba los pezones de *lady* van Orslyck con frenesí.

Al fin, el tren se detuvo y las puertas se abrieron.

Jak apagó el cigarrillo en una de las copas vacías, cogió la maleta, se puso el sombrero y dejó atrás los gemidos de las ancianas.

Un hombre delgado, con un parche en el ojo y larga barba blanca, lo esperaba en la estación. El vaho escapaba de su boca.

—¿Es usted el señor Edëyle?

Jak asintió.

—¡Bienvenido a Ciudad Victoriana, coño!

II

Ciudad Victoriana

—Cuando veo una injusticia, me pego —afirmaba Víctor *Parche en el Ojo*—. No tolero las injusticias, señor Edëyle. ¿A qué cree que se debe este parche?

—¿Una injusticia?

Víctor puso cara de asombro.

—Vaya. Ahora entiendo que sea detective.

—Semental, querido Víctor.

—Pues así fue, señor Edëyle. Estaba atándome las botas cuando escuché unos ladridos muy extraños. Pensé que provenían del callejón. Pues bien, cogí y... Oh. Observe.

Un lujoso carruaje de cortinas doradas apareció ante ellos tirado por dos grandes corceles. Tuvieron que apartarse unos pasos para que el barro no manchara sus ropas. La mierda no se notaba en los zapatos marrones de Jak. Sí se notaría en su traje morado, oculto tras el gabán negro

A continuación, Víctor corrió como un condenado detrás del carruaje. Jak lo observó con curiosidad mientras desaparecía a lo lejos. Sacó uno de sus cigarrillos y miró la luna sangrante que reinaba en el cielo, recordando que en la Inglaterra del siglo XIX las leyes rebajaban en un grado las condenas a aquellos delincuentes cuya actuación hubiera sido influida por los efectos de la luna.

Tras unos pocos minutos fumando y observando las casas destartaladas de aquella ciudad, Víctor apareció en la lejanía doblando una esquina.

—Perdone, señor Edëyle —dijo cuando se encontró a su lado—. Me despisto con facilidad. Mi padre solía llamarme inútil. Aprendí a aceptar que yo no era lo que él esperaba. Lo lloré el día de su muerte. Joder, ese carruaje era precioso. Me gustan los carruajes, señor Edëyle. Y acostarme con mi vecina.

—¿Estamos muy lejos del motel?

—Uy, qué despistado. Deme su maleta, señor Edëyle. Estoy a su entera disposición hasta que acabe su trabajo aquí. Y no, estamos a un par de minutos. Unas cuantas calles más.

Había llegado para investigar la desaparición de una trapecista perteneciente a un circo ambulante.

La ciudad, en plena Revolución Industrial, presentaba una atmósfera opresora con unas calles oscuras e intrincadas que parecían el mismísimo laberinto de Creta. Se preguntó si Dédalo habría escondido allí a su minotauro.

Llegaron al motel Montmartre.

Un edificio de tres plantas inclinado hacia la derecha. Parecía un enamorado apoyado en el hombro de su enamorada.

—Ya estamos, señor Edëyle.

—Espera aquí, no tardaré.

Llegó al mostrador, donde un hombre maquillado de payaso ojeaba un libro. Jak se quedó varios minutos observándolo.

—Perdone —dijo al fin—, tengo una habitación a nombre del señor *Fausto*.

El payaso, algo somnoliento, lo miró.

—Claro, claro. Habitación 13. Aquí tiene las llaves y un sobre para usted.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose.

Al final, Jak subió a su habitación, constituida por tres muebles: una cama estrecha, una mesa con flores marchitas y una silla coja

que tiró al suelo de una patada. «En cuanto tienes sillas no sabes dónde sentarte». Le gustaba aquella buhardilla.

Dejó la maleta en el catre y abrió el sobre, en el que halló dinero y una carta:

Señor Edëyle,
preciso de un informe cada dos días.
Su objetivo es la causa de la desaparición,
por lo que le ruego máxima discreción
—no inmiscuir a las autoridades—.
En el sobre le dejo el pago para gastos de investigación.
El resto lo cobrará cuando finalice su trabajo.

F.

Cuando bajó a recepción pensando en no mirar al hombre maquillado de payaso, se encontró con que no estaba. En cambio, Víctor esperaba impaciente.

—Mañana por la tarde, a eso de las cinco, podrá quedar con el señor Brown. O *sir* Brown, como le gusta a él.

Jak hizo caso omiso. No quería pensar en el trabajo. Tan solo ansiaba los excesos de la noche en ambientes marginales. Elementos mórbidos de espíritu decadente.

—¿Serás mi Virgilio esta noche?

—Guiaré a mi Dante —contestó Víctor con una sonrisa.

—¿Conoces algún sitio para tomar una copa? De hecho, me gustaría ponerme hasta el culo.

Largo silencio inexpresivo.

—Claro, venga conmigo.

—Te sigo.